y ellas entran con hilos de luz de la luna;...
...¡son hadas! ¡no nieblas!
que, asidas las manos, en círculo están.

***

Y, al vaivén dislocado
de errática danza,
me tiran mil besos en giro fugaz...
¡qué dulzura en la voz de las arpas eolias!
¡qué dulces efluvios de flor de azahar!...
...¡Ay! yo sé que estas nieblas danzando á la luna
son sueños tan sólo de un vago ideal,
mas, al ver estas hadas, ¿quién piensa en el mundo?
...Más besos... más besos...
adiós, no me llames... adiós, Realidad.

Eduardo BENOT.

Literatura joven.

MARTÍNEZ SIERRA

—

Es un joven de dieciocho años, cuya inteligencia literaria supone el doble de esa edad: parece como si su cerebro hubiese andado solo por la vida, observándola, dieciocho años antes de ser engarzado en su cuerpo respectivo. *El Poema del Trabajo*, título que predispone á pensar en esas poesías, como sartas de tópicos, que se escriben para certámenes, demuestra plenamente que su autor, no sólo es literato que escriba por medio de *recetas*, sino que tiene retina propia para ver y un entendimiento original para concebir. Lo profanado de algunas frases, que ruedan por el mundo de las letras como monedas borrosas por el mundo metálico, ha hecho quizás que los escritores, á la vista del título citado, no hayan hecho alto ante el contenido de la obra, examinándola con detenimiento. Es ella un plan armoniosamente combinado, personalmente sentido y bien ejecutado: está bien combinado, porque todas las partes de la obra son ramificaciones de la idea capital y guardan entre sí justas proporciones; está personalmente sentido, porque no se puede ver la actividad universal del modo nuevo que la ve Martínez Sierra, sino sintien-do por cuenta propia, y está bien ejecutado, porque el estilo es correcto, claro y afluente; desde luego, la obra, habla á la crítica de un literato original, que sintetiza agrupaciones de ideas en artículos de no manoseada invención y que simboliza las cosas humanas, no por frío cálculo, antes bien, por temperamento y modo de ser el escritor. Sin embargo, de haber salido al palenque intelectual este joven, apercibido de tan buenas armas, puede decirse que, aparte algún que otro literato, ante los demás, ha pasado su labor inadvertida.

Se me figura que esto ha consisido también en el estilo del autor. En su fina trama, no entran los tonos alarmantes, las impetuosas violencias de color, propias de otros temperamentos literarios, llenos de más fuego en la expresión, tonos insinuantes que de seguida atraen la atención y sujetan el pensamiento del que lee. Como desde hace unos trece ó catorce años, nuestra literatura se ha hecho infinitamente más plástica y más pictórica y reviste una forma deslumbrante, cuando aparece un autor de estilo pálido (dicho sea en el mejor sentido), los ojos de los lectores no se fijan en él, encandilados como están con las magnificencias de otros estilos. Martínez Sierra no ha sujetado, no, la atención pública literaria con el *color perla* de su estilo. Algunos, muchos escritores le habrán llamado *gris*, y hay que diferenciar en letras el *gris* del *color perla*: el primero está harto definido; con esa palabra, especie de mueca despreciativa, se designa lo insípido, lo insubstancial, lo desprebie; el segundo concepto no ha tenido todavía, entre nosotros, definición, y, si se me permite, voy á dársela. Lo gris en una perla, no proviene de la simplicidad, proviene de una serie infinita de matices é irisasiones suavísimas, finas, de una delicadeza extremada; es un gris, repleto de *espíritu*, por decirlo así; es un compuesto de muchos tonos, de muchas variaciones de ellos, y, juntos, como una trama de misteriosa idealidad, rodean de un modo discretísimo la perla, de igual modo que un estilo lleno de matices delicados y suaves envuelve á la idea. No por ser *fría* de tono la perla produce impresión de frialdad, sino de belleza tranquila y de firmeza; dura es la perla, como una idea consistente, y no desabrida á los ojos, sino halagadora, como un estilo *perlino* Los *escritores perlinos* son más intelectuales que sensitivos, suelen ser *hombres-cerebros*, es decir, hombres que á falta de intuición, reflexionan la pasión, y, bien analizada, la desarrollan en la obra de arte. No reside en esa clase de hombres la inspiración, don el más sobresaliente, el único de un artista verdadero; pero con la inteligencia, con el talento, con la cultura, con el buen gusto la aparentan, y no solamente consiguen aparentarla, sino que nuestro público que, en general, no distingue de matices, toma su labor discreta, cerebral, pareja firme y bien pensada, por cosa de más quilates que la otra labor que deja sobre la cuartilla una pluma que trepida empujada por el genio.

Para mi modo de apreciar en artes, la obra *intelectual*, es obra solamente del hombre, y la obra del genio (por lo común con muchos defectos, por exceso de vitalidad) es la obra de Dios reflejada en el artista; lo primero es de un mérito dado; lo segundo, de un mérito absoluto.

Escritores perlinos, llamo á D. Juan Valera, á Jacinto Benavente, y, si fuese más suave y nutrido de matices, á Jacinto Octavio Picón, por citar á tres grandes maestros en el género. Estos ilustres amigos míos, los tres grandes intelectuales, hacen novelas unos y comedias otro; pero si quisiera el que hace comedias, hacer novelas, y los que hacen novelas hacer *comedias de ideas*, lo conseguirían. como asimismo pintar, esculpir ó lo que se propusiera cada uno de ellos. Un hombre cultivadísimo, conocedor de todos los elementos del arte, que sabe hacer disección de los afectos, analizar el alma y penetrar el corazón, que ha depurado su gusto en vastas lecturas, y que es sagaz y penetrante, ese hombre puede si quiere, aparecer como un inspirado, que tal es el milagroso poder del talento; pero á poco de empezarse la lectura de su obra se da uno cuenta de que está comunicando sólo con un hombre y no comunicándose con Dios á través de un hombre. Yo me *arrodillo* ante el segundo, y *admiro*, en todo lo que vale, al primero. Pues en Martínez Sierra, se da la particularidad de que siendo un *escritor perlino*, siente; siempre es más intelectual que sensitivo, pero el sentimiento no es en él un cálculo maestramente desarrollado; tiene soplo de inspiración y nervios que *cantan* ante la belleza: á veces escribe con todo el cuerpo y toda el alma, con todo su ser, que es como escriben los artistas absoluta y totalmente verdaderos; eso de *escribir con los pies*, como suele decirse, en el alto sentido de que hablo es mérito singular que sólo tiene el genio.

En Martínez Sierra, á veces, en determinados fragmentos, todo su cuerpo es lira, pero una lira suave, de sonidos melodiosos y halagadores, en los cuales vienen enredadas ideas profundas, pensamientos sagaces de una inteligencia que sabe ver la armonía total de la naturaleza y que él concreta en símbolos de sentido real y justo; parece que fantasea ilógicamente, pero no es así, porque basa en firme, percibiendo clara la vida. Sus medios de expresión son seres imaginarios á veces, como ninfas, musas, diosas; otras veces da voz á cosas distintas y habla la naturaleza, en flores, olas, lagos, nubes, pero esos diálogos abstractos tienen una realidad concreta en el fondo y su enseñanza va directa á todos los órdenes de la vida humana.

Lo mismo *El Poema del Trabajo* (que lleva un elegantísimo *Atrio* de mi querido amigo Benavente), que los *Diálogos Fantásticos*, se ve claro que son obras hijas de un mismo modo de ver, de sentir y de expresar. Martínez Sierra tiene fisonomía literaria, nace á las letras con la cualidad, rara para lo preciosa, de ser un escritor á quien se le reconoce sin acudir á leer la firma. Es de los que, en obras sucesivas, repetirá parecidos temas á los ya escritos, y libros que se semejarán mucho unos á otros. Pero no esté el Sr. Sierra quejoso de esa *monotonía aparente*; es una señal, una marca de los artistas de más mérito. Cada discurso de Castelar, cada cuadro de Fortuny, cada novela de Pereda, son aparente repetición de discursos anteriores, de colores ya armonizados y de novelas ya escritas. El protagonista de toda obra de autor de genio, es el mismo autor, reflejado constantemente en ella por medio de sus modos de expresar, de sus *temas-obsesión*, de sus recursos favoritos y de toda la serie de manifestaciones que constituyen la personalidad de un artista. Miguel Angel tiene la obsesión de las musculaturas agrandadas; Víctor Hugo la de las imágenes desbordadas y grandiosas, como sucesiones de relámpagos; Rafael las de las grandes plazas de tonos azules y amarillos; Moncasy viniendo á nuestros días, tiene la manía de Cristo y de sus temas afines; Benlliure profesa singular predilección á los ropajes y á las elegantes posturas; Villegas no ve en el mundo sino el color; Carbonero las carreteras con sol y polvo, y cada sublime loco va, la vida del arte adelante, con su obsesión ó con su tema.

No se vaya á creer, por todo lo dicho, que Martínez Sierra alcanza ya como escritor altura extraordinaria. Tranquilo para concebir, y tranquilo para planear, es también tranquilo en expresión, y su estilo no prende fuego con vigor á las ideas ni las da relevantes plasticidad, sino que las *desliza* sereno, sosegado, demasiado parejo y sin accidentes apenas, pero gusta al que lee espaciar el alma en ese estilo, como en una hamaca flexible.

Su cortejo de hadas, reinas, musas, plantas, flores, retiene gustosamente la atención por su variedad y por la lógica con que esos símbolos se expresan, y la emoción que todo ello despierta, es la de un sedante que distiende el ánimo y lo adormece en una agradable vaguedad.

Mejor tramado aún su léxico en *Diálogos Fantásticos* que *El Poema del Trabajo*, bien se vé que Martínez Sierra ha ganado mucho desde un libro al otro, como pensador y como artista de la expresión: toda la substancia intelectual y espiritual de esta hermosa obra, está encarnada en la tersura de un estilo mucho más acabado. Por la transparencia con que en él se ve la idea, por la luz interna que alumbra la emoción, por lo traslúcido, en fin, de la forma, ésta me recuerda, un objeto primoroso de china ó de cristal. Como se va á Murano por el cristal más famoso, Sierra va por su diafanidad de estilo al Murano literario, cuyo camino tantos desconocen.

Y, sin embargo, Sierra conoce aún poco la técnica de su arte, pero no necesita tampoco de más sabiduría para emitir sus ideas apacibles; en cambio hay quien sólo tiene técnica, y con ella, y con ilustración, y gusto, y paciencia, y muchas más cualidades *inferiores*, hasta escribe un libro de poesías, por ejemplo, sin inspiración ni nervio, pero que reviste todas las apariencias de lo verdadero y lo legítimo, ostentado tersura, corrección impecable, y, si á mano viene, nada menos que la *pátina de inmortalidad:* total: tres gotas de inspiración, envueltas en un libro de orfebrería cerebral.

Salvador RUEDA